

INVENTARIO DEL INFINITO

Javier Alcaíns

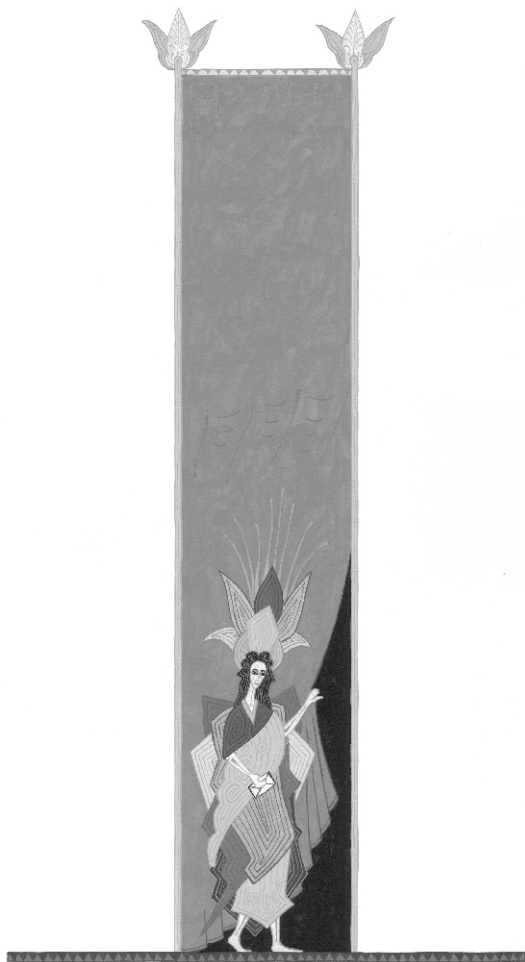
Día Mundial del libro 23 de abril 2012

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

INVENTARIO DEL INFINITO

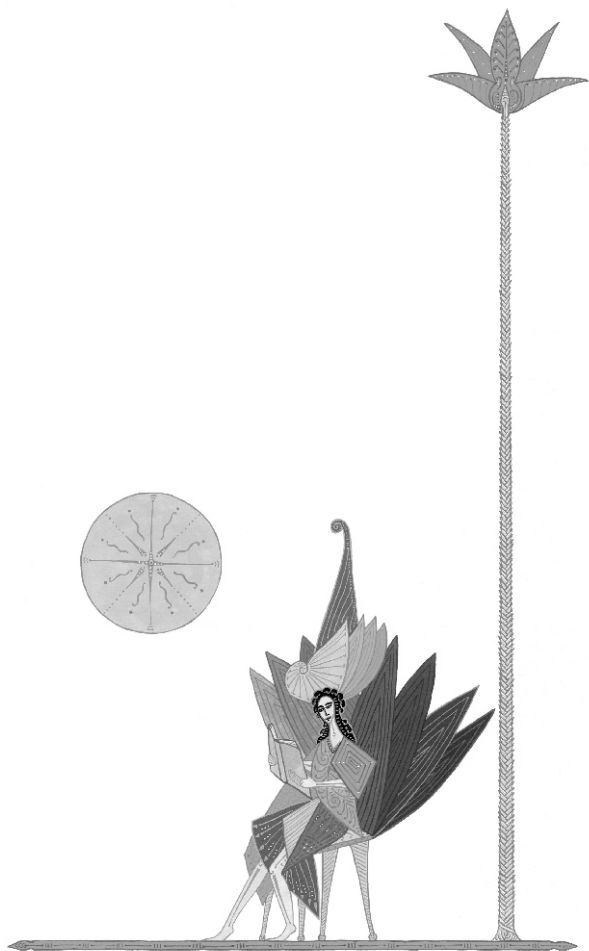
En el texto egipcio conocido como *Las enseñanzas de Khety*, el escriba le dice a su discípulo: “Yo haré que ames los libros más que a tu madre”. El amor a los libros, aunque no ha sido constante a lo largo de la Historia, nos ha dejado un número vertiginoso de obras memorables.

El Codex Gigas, escrito y miniado en Bohemia a comienzos del s. XIII, es uno de los libros más voluminosos que se conservan: lo forman más de seiscientos folios de un metro de alto y pesa setenta y cinco kilogramos. Contiene la Biblia, dos obras de Flavio Josefo -*Antigüedades judaicas* y *La guerra de los judíos*-, una selección de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, la *Crónica bohemia* de Cosme de Praga, un tratado de medicina, unas páginas con conjuros y exorcismos, una lista de nombres relacionados con el lugar de su realización y un calendario. Parece que quisieron tener una biblioteca en un solo volumen. Al final del códice hay dos miniaturas enfrentadas: en la página de la izquierda, la Jerusalén Celeste; en la página de la derecha, un memorable retrato del Demonio. La leyenda dice que el moje Herman el Recluso realizó toda la obra en una sola noche con la ayuda del Maligno y que por eso figura su retrato en un lugar destacado. ¿Creen ustedes en las leyendas?



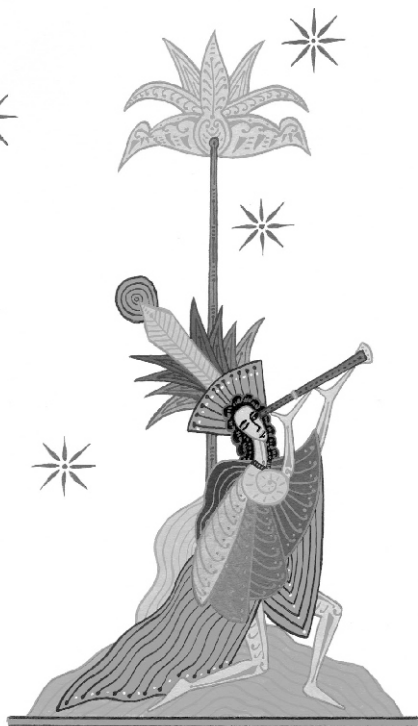
Antes de que los suizos lo llevaran como botín de guerra a su reina Cristina, el emperador Rodolfo II de Praga mandó guardarlo en su *Cámara de las Maravillas*. En ella se encontraba también un cuerno de unicornio marino; en el bestiario en dos volúmenes que encargó pintar se le dedica una página; en la página siguiente puede verse una representación completa del animal, a partir del cuerno conservado y con la ayuda de la imaginación del ilustrador. Este cuerno se conserva aún: es un diente de narval.

La escena bíblica en la que Gabriel se presenta ante la Virgen con el mensaje divino, aparte de que se tenga fe religiosa o no, me parece uno de los grandes momentos de la literatura. Un espíritu puro diciéndole a una virgen de quince años que va a ser madre de Dios es algo que la imaginación de García Márquez no puede superar. San Lucas narra el momento. En los libros medievales es uno de los temas más



repetidos, y es curioso observar cómo varía de unos a otros su representación, no sólo desde el punto de vista pictórico, sino también social: en el *Sacramentario de Berthold*, realizado en Alemania alrededor del año 1200, la Virgen está, humildemente, hilando; en el *Libro de horas de María de Borgoña*, de finales del s. XV, está ricamente vestida y leyendo. Ella, el personaje principal de los libros de horas -suelen llamarse *libro de horas de la Virgen*-, está leyendo uno de estos libros.

Los primeros años del s. XX fueron una época fértil para los cuentos de hadas ilustrados. Arthur Rackham, Kay Nielsen, Willy Pogany o Iván Bilibin han dejado auténticas obras maestras -en España, Penagos, José Zamora y Bartolozzi, todos trabajando para la editorial Calleja-. Poco después de la Revolución Rusa, Kurtz Schwitters ilustró *El espantapájaros*, también un libro para niños, pero en él dejan de ser protagonistas las princesas para darle paso a



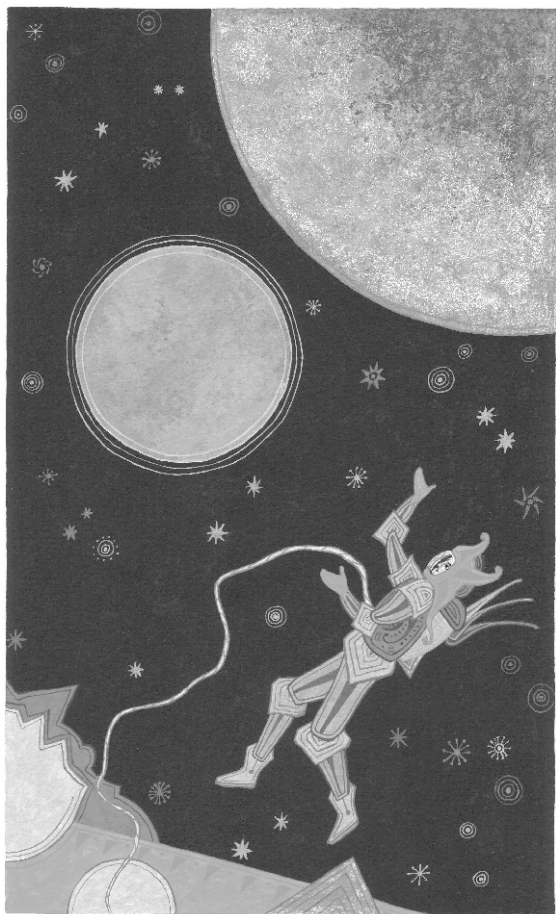
los obreros y la crítica social. Todas las ilustraciones están realizadas con elementos tipográficos.

En el *Salterio Albani*, del s. XII, hay una miniatura que representa el bautismo de Cristo. El agua, ignorando su naturaleza, no se derrama por el suelo, sino que abraza el cuerpo y se mantiene erguida con él. Esta manera de pintar el agua sigue una tradición que se remonta a la Baja Antigüedad y que atraviesa los siglos de pintura antinaturalista medieval. Pero es la representación que más me sugiere el hecho de entrar en el agua, de estar rodeado por el agua -por ejemplo, en una garganta de la Vera, donde el frío acentúa esa sensación-.

En el relato de Borges que se titula *El Aleph*, el narrador, para dar una idea de lo que veía en un punto determinado de un sótano de Buenos Aires, recurre a la enumeración de cosas disparejas para sugerir la infinita diversidad del



mundo, pues el mundo entero era lo que se veía en el Aleph. ¿Cómo dar una idea del casi infinito universo de los libros, inabarcable para la medida de un hombre? En él están la monumental enciclopedia francesa y otra de un mundo imaginario que Luigi Serafini ilustró y caligrafió con un alfabeto indescifrable; están los cuadernos de Leonardo da Vinci y los índices de la Inquisición, las canciones de amor conservadas en un códice francés que tiene forma de medio corazón para que al ser abierto parezca un corazón entero, los viajes a la luna y al fondo del mar, los poemas satíricos escritos con una nerviosa caligrafía japonesa que acompañan los grabados de pájaros de Utamaro, los *Elementos* de Euclides en la edición inglesa de Byrne, con diagramas de colores, las cartas de Abelardo y Eloísa, que algunos llaman *de amor*, los truculentos relatos góticos, las cantigas que Alfonso X mandó iluminar y que seguramente cantó él alguna vez, la hagadá de caracteres hebreos, los códices mayas con la imagen de sus



dioses ya sin culto, los libros de medicina que explican la circulación de la sangre, el estudio de Athanasius Kircher sobre los jeroglíficos egipcios, que creía poder descifrar por ciencia infusa, el tratado e alquimia que se llama *Libro mudo* porque carece de texto, las vidas imaginarias que escribió Marcel Schwob y que se publicaron en 1929 con los grabados de George Barbier, los alargados manuscritos hindúes escritos en sánscrito...

En junio de 1933, François-Louis Schmied terminó de imprimir la edición ilustrada de *Paysages méditerranéens*, de Paul Morand. Desde el crack de 1929, y por la crisis económica que provocó, a Schmied no le iba muy bien. Creyendo que ya no volvería a editar libros, pintó en el último grabado una barca en medio de la tormenta y debajo escribió: *Adieu*. Una melancólica despedida a los libros. Sin embargo, hasta su muerte en 1941, aún ilustró seis libros más, de los que publicó cinco.

No perdamos la esperanza.

